

SIMON BOLIVAR EN SANTA MARTA

POR

Luis Orrego Luco

Eran mis últimos días de Colombia. Entre recuerdos de aquella misión diplomática ante el Gobierno y la sociedad de Bogotá, sentado sobre una silla de madera en el puente superior, veía desarrollarse ante mis ojos la inmensa sábana del río Magdalena, en ancha hoya bordeada de bosques seculares, con la lujosa y exuberante vegetación del trópico, en la cual sobresalen las copas de los ceibos, el tallo largo y elegante de palmeras reflejadas en aguas tranquilas y, al parecer, dormidas; esas palmeras con efluvios de Oriente y de la tierra de Cristo, que involuntariamente imprimen al espíritu impulsos de espiritualidad y ensueño. Bandas de caimanes se acercan perezosamente al río, al sentir los disparos que desde a bordo se les hacen y vemos, semejantes a troncos de árboles, de ramas desgajadas, multitud de reptiles menores que el cocodrilo y de mayor tamaño que el yacaré del Paraná y el Paraguay, que cierran esas ramas que son sus fauces y se arrojan de golpe al agua. La naturaleza es magnífica; la tierra, en la ribera, una amplia cinta de verdura de la cual surgen matorrales y árboles hermosísimos, entre los cuales cocoteros, robles y caobas que serán cortados en breve para servir de combustible a la hornilla de los vapores; esas maderas elegantes o preciosas se desharán en humo y se perderán en lo infinito, como la belleza humana. Acuden a mi espíritu «saudades» de Bogotá, el recuerdo de algunos buenos amigos, de hombres de ingenio vivísimo, de antiguos hidalgos a lo rancio castellano, de graciosas chicas, de interesantes damas que aun conservan en su modalidad algo de los tiempos del minué, en aquella su residencia colonial de calles estrechas y construcciones al estilo del siglo XVII, con balcones «arrodillados» y vetustos templos de piedra donde lucen obras maestras del pintor Vázquez. Diríase que en estas últimas horas de vida colombiana confundo y entrevero detalles sociales de mi vida diplomática, hombres públicos, recuerdos históricos, la naturaleza tropical esplendorosa, en grato ensueño en que todo se mezcla sutilmente.

De pronto, a lo lejos, muy lejos, se divisa una ligera nubecilla negra en lontananza y se la ve surgir y extenderse en medio de un cielo azul turquesa; sentimos un soplo quemante, y luego el cielo comienza a encapotarse con rapidez pasmosa. Las negras nubes aparecen como fajas que paulatinamente se ensanchan y cubren la atmósfera. Las aves huyen en bandadas, esas ligeras aves de largas patas delgadas que recuerdan al Ibis egipcio y procuran la misma «aigrette», el leve copo de plumas que tan hermoso aparece en sombreros de señoras; son millares y millares de cigüeñas que se esfuman rápidamente en el cielo formando como líneas triangulares que, con ser tan albas, a la distancia parecen oscuras. Oyese el rumor de un trueno lejano y luego otro, y otro y otro; la tempestad se acerca. El cielo, tan claro poco ha, es ahora dilatada mancha de tinta. La lluvia cae con furia, a torrentes, con violencia inaudita, como si se hubieran abierto las cataratas todas del cielo. La luz ha desaparecido, pero el estampido del trueno—terrible y prolongado, como cien descargas de artillería—seguido inmediatamente por relámpagos, nos hace estremecernos, temerosos de que el rayo venga a caer sobre nosotros—temor remoto, creado por nuestra imaginación. De súbito, inmenso relámpago ilumina la selva con claridades portentosas que perfilan en toda su nitidez líneas de palmeras, amplias ramas de hojas aflagranadas de ceibos y todo el bosque se destaca como en dibujo perfecto de tinta china y luego se hunde de golpe en la sombra, mientras los truenos estallan cada vez más próximos. Los rayos trazan sus líneas en zigzag y un vaho de fuego nos quema el rostro.

—¡Qué espectáculo hermoso!

—No hay peligro alguno—exclama el capitán, recostado sobre la toldilla; fumando su pipa: —la tempestad y los rayos tienen su centro a cuarenta leguas de nosotros.

Jamás he podido contemplar en mi vida espectáculo más sublime que el de una tempestad en el trópico, en el escenario mágico del río Magdalena, que se extendía como océano bordeado a lo lejos por inmensos bosques, en noche pavorosa surcada de relámpagos y cortada por rayos, cuando la naturaleza desencadenada nos hacía concebir nuestra pequeñez en presencia de sus fuerzas ilimitadas.

A media noche, el cielo estrellado y puro, la atmósfera tibia y el ambiente cargado de perfumes mudaban el estado del

ánimo como si la tempestad sólo hubiera existido en nuestras imaginaciones. Ahora la sábana inmensa del río Magdalena, próximo a las Bocas de Ceniza, tenía la amplitud y la fuerza del Océano. Esperamos el amanecer para penetrar, por los caños, a Barranquilla. La atmósfera era de sofocante calor; los negros se disputaban nuestro equipaje; cochecillos de dos ruedas, como los que viéramos en Jamaica, se deslizaban rápidos por la rambla y penetraban en la parte comercial, entre carros llenos de mercaderías y el afán y la agitación de las faenas portuarias. Muchos techos de casas cubiertos de paja nos recordaban lo que fueron las primitivas poblaciones coloniales.

Esa misma tarde tomábamos el ferrocarril, y después de atravesar la estrecha faja de la costa en medio de campos esmaltados de arbustos, de árboles de alcanfor cubiertos de flores amarillas y de manzanillos cuya sombra da muerte, llegábamos al pobre caserío que es puerto Colombia en el Atlántico. Allí, junto al muelle de más de un kilómetro de extensión, se perfilaban el casco blanco y las líneas elegantes del *Metapán*, vapor de la United Fruit C., que debía conducirnos a Santa Marta, en donde permaneceríamos dos días.

Al amanecer del siguiente, nuestro barco penetraba en ensenada reducida que forma como cerco de verdura, cerrada en sus extremidades por empinados cerros cubiertos de vegetación. Es espectáculo admirable. La naturaleza, exuberante en árboles y arbustos, aparece lujosa y viva, con todas las entonaciones de la gama verde, y el agua del mar presenta color, que jamás hasta ahora habíamos visto, de hermoso cobalto que se recorta, a lo lejos, sobre el cielo de raso celeste claro y armoniza y entona con el verde de las colinas. Los campos se dilatan hasta las lejanías de Sierra Nevada, donde las cumbres espolvorean de blanco el cielo celeste y se recortan sobre la profusa verdura de la vegetación del trópico. El *Metapán* amarra en el muelle de las Bananeras, en una extremidad del círculo de la bahía en cuyo fondo aparece la población de Santa Marta, conjunto de casitas blancas sombreadas de palmeras que nos hacen recordar las poblaciones del Norte de Africa, Argel, Túnez y Tánger, en donde la blancura resplandece sobre el cielo azul y luminoso en reverberaciones inconcebibles que dan a las palmeras algo de etéreo y extrahumano, como en los espejismos del desierto.

Santa Marta. Con sólo pronunciar su nombre acude a mi imaginación la figura de Bolívar, que fué allí a morir, ya desencantado de las pompas y vanidades del mundo, enfermo y pobre, después de haber conocido las supremas cimas de la grandeza humana, así como también los más amargos desencantos que pueden acosar a un hombre. Tras de quince años de batallas, de triunfos y derrotas, de gloria y de miseria, vino a pasar sus últimos días en esa tan reducida población que quedaría transformada en sepulcro glorioso del héroe. Por aquellas riberas, en donde ya existían las palmeras que ahora se ofrecen a mi vista en la Avenida del Mar, donde está situado el club; por aquellos mismos párajes en los cuales se baila shimmy o danza, sobre la terraza actual, iluminada con bombillas eléctricas y entonces obscura y pavorosa, debió deslizarse lenta la figura del Libertador. Le acompañaba, sin duda, alguno de sus íntimos, alguno de esos cortesanos de la desgracia tan poco numerosos. Y bajo el cielo atornasolado del crepúsculo, cuando se hundía el sol en un mar admirable del trópico, el héroe, que tosía—pues estaba en el último grado de la tisis—se detuvo, contempló el mar, y vió jugar alegremente unos chicos, unos negrillos que no le conocían y a quienes, por lo tanto, no amedrentaba su grandeza, ocupados como estaban en construir casitas sobre la arena de la playa. El héroe, vestido con traje pobre—sólo tenía una camisa en su ajuar—después de meditar y de contemplar a los chicos, hubo de volverse a sus acompañantes:

—Al cabo de mi vida, encuentro que yo también edificué sobre arena... Aré sobre el mar.

Había soñado en la libertad y en la República.

Al término de un día de espantoso calor se siente sople helado de cierzo que baja de la montaña. El héroe tose de nuevo, sus inquietos acompañantes le ponen la capa, y vuelven todos con paso lento, cargados de meditaciones, respetando religiosamente sus recuerdos. Ya no piensan en el estrépito y clamor de las batallas, ni en marchas triunfales en que llueven flores, ni en lo horrible del páramo en vísperas de Boyacá, ni en el múltiple paso de los Andes, ni en las quince mil leguas recorridas, combatiendo sin víveres y con escasas municiones, y sin poder alumbrarse ni calentarse con fuego para no dar al enemigo indicios. No recuerdan nada, todo se sume en el abismo sin fondo de lo que fué, de un pasado cercano y que les parece

infinitamente lejos. Sólo van contristados por la tos de Bolívar, que ya es el principio del fin.

Luego, lentamente—el héroe apenas puede andar y se cansa mucho—, se encaminan a la población, a ese pequeño caserío de Santa Marta que aparece blanquecino ahora como hace cien años, con las mismas palmeras y vegetación idéntica, y la traza colonial de las antiguas ciudades españolas del siglo XVII: estrechas las calles, los aleros salientes, rejas de hierro de Vizcaya y balcones «arrodillados». Al volver de una encrucijada topan con alguna hornacina o nicho alumbrado por algún farol con vela de sebo que ilumina la imagen de un santo. Entonces todos se descubren, algunos rezan; el Libertador, que es incrédulo, también se detiene y se descubre, por respeto a ideales y creencias religiosas ajenas—pues siente que en esta América liberada sigue dominando el espíritu de la colonia española—y también presiente la gravedad de la hora definitiva, que se acerca para él cada vez más rápida e inevitable.

Llegan a una casa vetusta, que aun se conserva en la plaza principal, donde crece maravilloso jardín de palmeras, de ceibos y manzanillos. La puerta de la casona es ancha y ribeteada de clavos de cobre; sirve de golpeador una cabeza de león parecida a muchas otras que aun quedan. El patio es estrecho y los muros, de azulejos en la parte baja, reflejan la luz de candiles, en viejos faroles, en medio de un grupo de guaduas, que se alzan gráciles, elevando tallos finísimos por encima de los tejados. El Libertador se detiene a respirar, pues ya no puede andar largo trecho sin hacerlo, y penetra en la cuadra o sala esterada, adornada con cuadros místicos y mueblaje de estilo Imperio. A la luz de las candelas aparece iluminada la demacrada fisonomía de Bolívar. He aquí como lo pinta Mr. Desiré Roullin, en 1828, es decir, dos años antes de aquel tiempo, en apuntes que sirvieron para el busto hecho por David de Angers:

«Es Bolívar hombre de talla poco menos que mediana, pero no exenta de gallardía en sus mocedades, delgado, sin musculatura vigorosa; de temperamento esencialmente nervioso y bastante bilioso; inquieto en todos sus movimientos, indicativos de un carácter sobrado impresionable, impaciente e imperioso. En su juventud había sido blanco—aquel blanco mate del venezolano de raza española pura—pero al cabo le había quedado la tez bastante morena, quemada del sol y de la intemperie de

quince años de campañas y de viajes. Tenía el andar más bien rápido que mesurado, pero con frecuencia cruzaba los brazos y tomaba actitudes esculturales, sobre todo en momentos solemnes.

«Su cabeza era de regular volumen, pero admirablemente conformada, deprimida en las sienas, prominente en las partes anterior y posterior. El desarrollo de la frente era enorme, pues ella sola comprendía cerca de un tercio del rostro, cuyo óvalo era largo, anguloso, agudo en la barba y en los pómulos pronunciado. Sus cabellos eran crespos y los llevaba siempre divididos entre una mecha enroscada sobre la parte superior de la frente y guadejas sobre las sienas, peinadas hacia adelante.

«El perfil del Libertador era enteramente vascongado y griego, principalmente en el corte del rostro, la pequeñez de la boca, la amplitud de la frente y la rectitud de la nariz, muy finamente delineada. Tenía las cejas bien arqueadas y extensas, donde se ponían de manifiesto los signos de la perspicacia, de la prontitud y grandeza de percepción. Como tenía profundas las cuencas de los ojos, éstos, que eran negros, grandes y muy vivos, brillaban con fulgor eléctrico, concentrando su fuego, como si sus miradas surgiesen de profundos focos.

«Era Bolívar hombre de lenguaje rápido e incisivo, así en su conversación—en la cual muchas veces fué indiscreto—siempre animada, breve y cortante, como en sus proclamas y discursos. Su réplica era pronta, frecuentemente brusca y en ocasiones hasta dura y punzante».

Están acordes la mayoría de los contemporáneos en que Bolívar, al conversar, generalmente desviaba la vista de su interlocutor, sin dar la cara. A pesar de la corrección de su fisonomía, su primer aspecto no era simpático ni atrayente. «His eyes are darck and penetrating, but generally down cast when he speaks», dice Miller en sus Memorias. Advertíase en él una expresión cautelosa de soldado acostumbrado a las emboscadas. «Su carácter viciado por la adulación, agrega, es arrogante y caprichoso. Sus opiniones respecto a hombres y cosas son variables y tiene casi propensión a insultar, pero favorece a los que se humillan y no les guarda resentimiento alguno».

Apasionado admirador de las mujeres era también grande aficionado al baile y hasta solía pasar noches enteras en los sa-raos, del principio al término de la fiesta, valsando muy ligero,

pero sin gracia alguna. Había en toda su personalidad como una constante ebullición y necesidad de obrar: era la acción encarnada. Cuando no escribía o hablaba, se movía y agitaba. La fuerza anímica de Bolívar, extraordinaria, reemplazaba en él a la propia resistencia física. Su vida y sus campañas eran la perpetua realización de un milagro, en el cual lo débil de la naturaleza física parecía compensado con una fuerza nerviosa y moral inconcebible, que le moviera a realizar prodigios, como las terribles marchas por los llanos de Venezuela y el primer paso de los Andes, para caer sobre los españoles en Boyacá, sorprendiéndoles con su marcha al través de los páramos, de las cumbres heladas, de ventisqueros; trepando a empinadas cimas, para hundirse luego en abismos; pasando del frío más intenso al calor más inconcebible, mientras en torno suyo caían, uno a uno, los soldados vencidos por la naturaleza. Y el héroe proseguía impertérrito marchas superiores al paso de Aníbal en los Alpes o al de Napoleón I. Mientras éste cae vencido en Rusia, Bolívar, en Caracas, exclama, en medio del terremoto que destruyera la ciudad: «Triunfaré sobre la naturaleza, en contra de ella y a pesar de ella». Se sentía superior a las grandes fuerzas de la vida.

Su voz era gruesa y áspera, pero hablaba con elocuencia y facilidad pasmosa. Su imaginación tenía algo del prodigio. En las páginas que escribió sobre «El delirio del Chimborazo» se siente la garra del león, con mucho del lirismo de Víctor Hugo, que aun no figuraba en el mundo de las letras y sólo veinte años después debía empeñar el combate de su concepción romántica.

«Yo venía envuelto con el manto del Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas y quise subir al atalaya del universo. Busqué las huellas de la Condamine y de Humboldt: seguías audaz; nada me detuvo; llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso la mano del Eterno sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos las regiones infernales, surcando los ríos y los mares y subido sobre los hombros de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia y el tiempo no ha podido detener la marcha de la Libertad. Belona ha

sido humillada por el resplandor del Iris, ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canos del gigante de tierra? ¡Sí podré! Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba y desfallezco al topar con mi cabeza la copa del firmamento. Tenía a mis pies los umbrales del abismo».

«Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía».

«De repente se me presenta el Tiempo, bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades, sañudo, inclinado, calvo, arrugada la tez, una hoz en la mano...»

«Yo soy el padre de los siglos; soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fué la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el Infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte; miro lo pasado, miro lo futuro y por mi mano pasa lo presente. ¿Por qué te envanece, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Creéis que es algo vuestro universo, que levantaros sobre un átomo de la tierra es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la santa verdad? ¿Suponéis que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto en presencia de lo infinito, que es mi hermano».

«Sobrecogido de un terror extremo, ¿cómo ¡oh Tiempo!, respondí, no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres de la tierra en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas; llego al Eterno, con mis manos; siento las presiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando, junto a mí, rutilantes astros, los soles infinitos; miro sin asombro el espacio que encierra la materia y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del destino».

«Observa, me dijo; aprende, conserva en tu mente lo que has visto; dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del universo físico, del universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado; di la verdad a los hombres...».

«El fantasma desapareció».

«Absorto, yerto, quedé exánime largo tiempo, tendido so-

bre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. Al fin la tremenda voz de Colombia me llama; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos mis pesados párpados, vuelvo a ser hombre y escribo mi delirio».

La fantasía de un gran poeta surge de pronto, en el héroe, fundida en el diamante de un grande hombre de acción. Siempre ha sido así. Si vemos la obra de Julio César, encontramos al orador con imaginación de poeta, al seductor de muchedumbres, al historiador de la guerra de las Galias, al político fundido en la misma turquesa del hombre de acción y del insigne general; otro tanto ocurre con Napoleón Bonaparte, según le vemos en el Memorial de Santa Elena. Hay en él como una poderosa pupila que se contrae o se dilata para ver de cerca o de lejos, según las circunstancias, con la imaginación que se adelanta al presente y que concibe, observa o generaliza, deduciendo leyes sociales o morales propias, unida al don de la realidad, de vivir entre hombres y cosas, en el sentido profundo de la verdad humana, junto con el dominio de sí y de los demás, que constituye la esencia de los grandes políticos de la historia.

.....

Algunas damas llegan al estrado de la casa donde se aloja Bolívar; llevan «mantones vaporosos de seda de humo», y sus vestidos son claros, con saya bordada y medias caladas de seda negra o de paño de seda, con cintas aterciopeladas que cruzan en torno de la pantorrilla. Los sombreros son de estilo llamado «maravilloso»; se los quitan y los colocan sobre algún antiguo bargueño enconchado con marfil y carey. De un brasero de plata se eleva blanca y suave columna de humo perfumado, de madera de sándalo, que arde apacible. Se oye lejano el son de la campana de alguna iglesia. Todos se ponen de pie, pues ha dado la hora de la cena. Una de las damas, acaso la más distinguida, es la señora marquesa de Miers, con cuya nieta he bailado en Bogotá no hace mucho. Entre los personajes del grupo aparecen el marqués de Miers, en cuya quinta de San Pedro Alejandrino habría de pasar el Libertador los últimos instantes de su existencia. También acuden los generales Montilla y Carreño, Silva, Ujueta y otras personalidades que acompañan al héroe en la hora terrible del destierro y de la caída. Ese hombre extraordinario tuvo la suerte de encontrar todavía amigos en los días de la miseria.

Bolívar había llegado a Santa Marta en el bergantín *Manuel*, procedente de Sabanilla, el 1.º de Diciembre de 1830. Traía el alma profundamente amargada con los recuerdos del atentado de Septiembre de 1828. El Libertador había querido implantar en Colombia la presidencia vitalicia o sea la dictadura al estilo napoleónico, mediante el decreto orgánico de 27 de Agosto de ese año. Ya la gran Colombia se encontraba hecha pedazos. Las cinco repúblicas independizadas por su acción se habían segregado, se miraban con recelo y suspicacia o se hallaban envueltas en litigio: el sueño unitario se deshacía en humo, cuyas espirales se fundían casi con el horizonte. Asido a los restos de su poderío político, Bolívar, sin calcular la sentimentalidad colombiana, cometió el error gravísimo de asumir la dictadura. Al punto se reunieron sus enemigos, olvidados de sus inmensos servicios, para mirar tan sólo la ignominia de la dictadura militar impuesta. Citáronse los conjurados en la sombra y de allí la conspiración tramada en contra de la vida del prócer y llevada a efecto en la noche del 24 de Septiembre de 1828.

Los conjurados, apercibidos para el trance, fueron juntándose en casa del poeta don Luis Vargas Tejada, silenciosamente, en reducidos grupos, distribuyéndose luego en partidas que debían asaltar el batallón Vargas, tomar el palacio de San Carlos, en donde moraba el Libertador, apoderarse de éste y liberar al general Padilla para que sirviera de cabeza al nuevo gobierno y de jefe a los revolucionarios. La partida primera salió de casa de Vargas al dar la campanada de las doce el reloj de la iglesia y sacó a Padilla, quien se negó a ejecutar los planes concebidos; no podía teñir sus manos en sangre de Banco. La segunda partida fué rechazada en el ataque en contra del batallón Vargas. La tercera, simultáneamente con las anteriores, se encaminó al palacio de San Carlos, situado frente al teatro principal de la ciudad.

Bogotá dormía en noche apacible, plenamente iluminada por luna llena. De ordinario, la quietud y el silencio, en el ambiente frío, otoñal, que en ella reina, sin variaciones ni matices, proyectan la honda tristeza de las continuadas soledades, aumentando la sombra, en que aparece sumergida bajo las alturas de Montserrate.

Una docena de soldados, a las órdenes del comandante Carujo, y otros tantos civiles asaltaron el Palacio de San Car-

los, con vigoroso empuje. Más de una vez en el desempeño de mi cargo de Ministro he visitado ese palacio histórico de Bolívar, hoy día mansión del Departamento de Relaciones Exteriores. Es edificio bajo, de dos pisos, el segundo de mayor altura que el primero; de balcones salientes y estilo colonial sumamente interesante para el viajero moderno. A la entrada del zaguán, en el primer patio, se alza una hermosa palmera y se muestran arriates de flores; mi amigo Montejo, introductor de diplomáticos, las sacaba de allí para el ojal y en más de una ocasión me obsequió violetas cogidas en el antiguo jardín de aquel mismo patio circundado de galerías de vidrio. A la parte del frente se encuentra la sala de recepciones, amplia, adornada de muebles del siglo diez y ocho, y en el ángulo, el despacho del Ministro. Síguese una serie de piezas de empleados, hasta llegar a una hermosa sala de techo decorado al estilo antiguo. En pos de la tal sala—en donde aguardan audiencia los diplomáticos—siguen varias habitaciones y aposentos, en uno de los cuales, casi frente al actual teatro de San Carlos, se hallaba la habitación de Bolívar. Las calles van subiendo hacia los cerros que limitan la ciudad, como trepándose por riscos y colinas, en tal forma que el segundo piso, en aquella parte, se encuentra sólo a dos metros de altura.

Los conjurados penetraron de golpe en el palacio; los soldados eran 25 ahora y junto con los civiles llegaban a 40. A la cabeza del grupo iban el comandante Carujo y un francés, M. Horment, quien arrojándose sobre el centinela le hirió de gravedad. Atropellaron a la guardia, que trató de resistir, en tanto que uno de los soldados, en la lucha, hirió de un sablazo al joven Celestino Anzuero y cayó muerto a su turno, por el puñal de los conjurados.

Penetró el grupo armado al primer patio, se detuvo frente al estanque del centro, donde el agua temblaba en la sombra, como un latido de vida bajo las palmeras, junto a los laureles. Encamináronse, al punto, hacia la derecha, por donde sube la escala de piedra que lleva al segundo piso y tomando por el corredor de la izquierda penetraron en la galería que conducía a las habitaciones del Libertador. La tropa de guardia, compuesta de cuarenta soldados escogidos, se había rendido sin hacer resistencia, a pesar de estar compuesta de los mejores y más fieles soldados del ejército. No se había disparado un tiro, bastándoles con apuñalar al cabo y desar-

mar al resto. Luego, en silencio, temerosos y sobresaltados, ciertos de que en caso de fracasar caerían bajo la cuchilla del verdugo, después de poner guardias a la entrada, los conjurados penetraron en las primeras habitaciones del departamento privado de Bolívar. Este dormía en cama junto a su amada Manuelita Sáenz, grande amor de su vida, compañera de días de gloria y de horas de zozobra, que abandonara nombre, familia, honra y prestigio social por seguirle, siempre enamorada y constante siempre. El héroe escucha, de pronto, extraños rumores que rompen el silencio; es de cañón lejano, algo como rumor de tempestades. Era el tronar de artillería contra las puertas del batallón Vargas que resistía denodadamente, y con éxito venturoso; mezclábase a esto un ronco crepitar de fusilería. El Libertador se vistió con rapidez. Mientras tanto el sordo rumor de pasos por las galerías aumentaba. Los conjurados echaban abajo la primera puerta y hallaban, de pronto, en la sombra, la espada desnuda del ayudante de servicio, el teniente Ibarra, que, a medio vestir, acudía. Uno de los conjurados le hirió en el brazo creyendo que era Bolívar y los demás, creyéndole muerto, dieron vivas a la Libertad. Al impensado clamoreo, tanto el Libertador como Manuelita echaron de ver de qué se trataba y el peligro corrido. Mientras Bolívar se dirigía a la calle por la parte opuesta—pues el palacio San Carlos ocupa la esquina—Manuelita Sáenz, a medio vestir, acudió a los asesinos con grande ánimo. «Nos salió al encuentro una hermosa señora, dice Florentino González, uno de los conjurados, que debía más tarde habitar algún tiempo en Chile. La señora llevaba una espada en la mano y con admirable presencia de ánimo y muy cortésmente nos preguntó qué queríamos: correspondimos en la misma forma y tratamos de inquirir por ella dónde estaba Bolívar. Otro de los conjurados llegó en pos y profirió algunas amenazas en contra de la dama y yo me opuse a que las realizara, manifestándole que no era ese el objeto que allí nos conducía». Los conjurados prosiguen su camino pero Manuelita ha conseguido su objeto con valor y astucia, deteniéndolos el espacio de tiempo necesario para que Bolívar escapara y librase la vida, de alevé conjuración, el libertador de cinco repúblicas. Oíase, ya próximo, el rumor continuado de fusilería, frente a las gradas de la catedral cercana. A poco, supieron que la revolución se había frustrado, pues los asaltantes del Vargas huían deshechos.

Horment y Salaibar forzaron la puerta de la alcoba y penetraron en ella disparando una pistola y blandiendo puñales. Bolívar acababa de saltar a la calle atravesada. Muchas veces he leído el rótulo inscrito sobre una plancha de mármol, junto a la ventana por la cual huyera:

SISTE PARUMPER SPECTATUR GRANDUM
SI VACAS MIRATUS VIAM SALUTIS
QUA SESE LIBERAVIT
PATER SALVATORQUE PATRIÆ
SIMÓN BOLÍVAR
IN NEFANDA NOCTE SEPTEMBRINA
AN MDCCCXXVIII

La noche era de luna y hermosísima. Bolívar, después de saltar a la calle, la cruzó rápidamente y se hundió en lo oscuro de la otra acera. Estaba metido en grandes perplejidades y tomó hacia el oriente, del lado del alto cerro que parecía cobijarle con su sombra, pues de la parte opuesta se oía fuego de fusilería y podía caer en manos de sus enemigos. Luego volvió al puente del Carmen. Allí me he detenido más de una vez, en aquel paisaje lóbrego, ante un hilo de agua que se desliza bajo los arcos del puente, entre matorrales tupidos. En lo alto la inmensa montaña sobre la cual parece que quisiera treparse la ciudad de Bogotá y que le sirve de muro y de amparo; luego, el plano inclinado de casas que van a rematar en la sábana, envuelta en las noches de luna de azulados vapores luminosos. La atmósfera, junto al puente, es irrespirable y mefítica. Allí se escondió Bolívar, refieren los testigos; afirman algunos que sólo estuvo un momento, pues, a poco, al oír aclamaciones de amigos que le vitoreaban después del triunfo, se puso a la cabeza de ellos, juntándose luego con sus tropas.

Según expresa otra leyenda, pasó la noche en el terrible asilo, sufriendo el espantable olor de los caños del desagüe durante las horas que le separaban de la madrugada, hasta que un amigo fué a buscarle, llevándole caballo para salir de Bogotá en dirección a la quinta de Pachia. Agregábanme que el Libertador le pagó tan oportuno auxilio enviándole días después, de regalo, el mejor de sus caballos, con jaeces de plata y magnífica silla.

Bolívar debía la vida al heroísmo y a la abnegación de una mujer que, después de darle su propia honra y los encantos delicados de su alma, conteniendo hasta el aliento de los recuerdos nostálgicos de su hogar abandonado, expuso su propia vida por salvarle, en los instantes en que se ocultaba la estrella del Libertador tras las obscuras sombras de la Cordillera de Montserrate.

Los conspiradores fueron, casi todos, pasados por las armas. El Presidente, durante los últimos días de su residencia en Bogotá, trató de alcanzar la quietud negada por la vida política. Su ánimo y su cuerpo estaban decaídos, sentía agotada su energía física en pos de existencia agitadísima, de recorrer inmensos territorios, siempre combatiendo, sometido a cuantas penurias es dable imaginar, en el clamoroso turbión de su existencia de soldado, de político y de eterno adorador de mujeres. Invadíale, a la hora postrera de los desencantós, una desesperación silenciosa y trágica, que se abatía sobre su cuerpo atenaceado, atormentándole y mordiéndole las vísceras. En lo exterior, adivinaba el despertar de un pueblo altivo, no dado a la servidumbre; en lo íntimo, el desgaste de su propia naturaleza ya no le permitía proseguir en tareas ingratas de gobierno. Hallábase proscrito de su patria, Venezuela. Debía partir lejos del centro del gobierno y de intrigas que era Bogotá. En Marzo de 1830 encargó al general Caicedo del Poder Ejecutivo y partió a Fucha. Pero debía ir más lejos, mucho más lejos, adonde sólo llegara, amortiguado, el rumor de las muchedumbres y el encono de las luchas de partidos.

«Allá en su retiro, dice Posada Gutiérrez, íbamos a verle los diputados y las personas notables de la ciudad. Una tarde en que me hizo el honor de invitarme a su mesa, salimos solos a pasear a pie por las bellas praderas de aquella hermosa posesión; su andar era lento y fatigoso, la voz casi apagada le obligaba a hacer esfuerzos para hacerla inteligible; prefería la orilla del riachuelo que serpentea silencioso por la campiña, y, los brazos cruzados, se detenía a contemplar su corriente, imagen de la vida. ¿Y cuánto tiempo tardará esta agua en confundirse con la del océano, dijo de pronto, como se confunde el hombre en el sepulcro, en la tierra de donde salió? Una parte se evapora como la gloria humana, como la fama. ¿No es verdad, coronel? De repente, apretándose las sienes con las manos, exclamó con voz trémula: ¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué me

la quitan? ¿Por qué me calumnian? Páez... Bermúdez... Santander... La respiración anhelosa de Bolívar, la languidez de su mirar, los suspiros que salían de su pecho, todo manifestaba la debilidad del cuerpo y el dolor del alma inspirando compasión y respeto...».

Pocos meses después partía a tierra caliente, hacia el Magdalena, que debía conducirlo a la costa Atlántica en busca del descanso y del reposo de Santa Marta.

Partí de mañana hacia la población de Santa Marta, situada a media hora de automóvil del muelle de la Compañía Frutera, en donde se hallaba amarrado el *Metapán*. El sol irradiaba en la estrecha y hermosa bahía, refulgiendo en cascadas de oro líquido sobre lo verde del mar, un verde glauco, en contraste con el verdor más intenso y oscuro de los árboles en las serranías próximas. El puerto parecía una larga raya blanca de cal africana, sobre la cual surgieran, de pronto, las líneas delicadas y el abanico de las palmeras, de tallos aéreos, como de aves que se aprontaran a tender el vuelo hacia apartadas lejanías. El auto se deslizaba suavemente sobre el camino de arena, casi blanca, a la orilla del mar, cuyas olas morían con la levedad encantadora de un ritmo.

Iba en compañía de dos amigos de viaje: el diputado Hernán Uribe Cualla y el joven venezolano Salas. No tardamos en penetrar en el puerto, de casas antiguas, de estilo netamente colonial español, tan abundante en Colombia. Las calles son estrechas, como las de las poblaciones africanas; sobresalen entre paredes de jardines y de huertos las palmas, los dátiles, los sicomoros, ceibos y laureles. Muéstranse exteriores de chalets modernos, cubiertos de bugainvillas, hermosísimas enredaderas de color rojo, celeste o azul, que proyectan una enorme cortina sobre las fachadas, a manera de encaje de color violento, gigantesco mantón de Manila bordado por la mano de la propia naturaleza. El aspecto de los templos nos lleva al corazón del siglo XVI, cuando el capitán Fernández de Lugo desembarcaba a la cabeza de un puñado de españoles para emprender la conquista de aquellas lejanas tierras tropicales.

La atmósfera era tibia, a esa hora de madrugada; el ambiente luminoso y sereno, el cielo de raso clarísimo. Charlamos

alegremente en el automóvil y, como es natural en tierra de raza española, tratando principalmente de política. Mis amigos ensalzan la figura del general Vázquez Cobo, futuro candidato a la Presidencia de Colombia, personalidad en extremo interesante y simpática de soldado, de hombre y de estadista, que recuerda, por su astucia natural, al presidente Roca. Un grupo de negrillos huye espantado al acercarse el automóvil que vira en dirección al Club, a la playa, en donde almorzaremos contemplando el mar de color verde, tan vibrante y nuevo que nos parecía no haberlo visto antes de ahora. El sol comienza a reverberar, calentando la tierra que a mediodía tendrá irradiaciones de fuego. Un muchacho negro entra lentamente a bañarse en el mar. Su cuerpo desnudo parece de ébano y semeja un Apolo oscuro de formas redondeadas, esbeltas y nerviosas, de luchador romano o de boxeador de ring.

Estamos en una región bananera, explotada ya por los norteamericanos, con grandes haciendas donde cosechan cantidades fabulosas, millones y millones, vendidas a precios ínfimos en los Estados Unidos. Después de comida frugal, nos encaminamos a visitar las instalaciones de la Compañía, hospitales, casas de la dirección y de empleados. Todo aparece en orden perfecto, al estilo inglés de los trópicos, con edificios y chalets tan hermosos como los de Jamaica y campos cubiertos de césped, plantaciones de guáduas, bambúes, palmeras y ceibos. Las puertas y ventanas están abiertas y defendidas de los mosquitos por finas rejillas de alambre verde. Las canchas de tennis, admirablemente preparadas, blanquean junto a las habitaciones de las cuales sale música de vitrolas.

De pronto me vuelvo a mis demás compañeros y les manifiesto, con tono autoritario, que ha sonado la hora de nuestra visita a la Quinta donde murió el Libertador Simón Bolívar. Mis amigos admiten la orden y mi dictadura, resolviendo partir al punto, a pesar de que el calor arrecia por momentos; el venezolano Salas se siente emocionado y los ojos le brillan.

—Ya fui a visitarla hace varios años—nos dice,—pero siempre, cuando pienso en ella, siento algo raro en mí.

El automóvil sale a toda velocidad en dirección a la Quinta de San Pedro Alejandrino, última residencia de Bolívar. Cruzamos la pequeña población de Santa Marta, por calles estrechas y casas de estilo antiguo colonial, mal pavimentadas. Los chicos juegan en ellas, casi desnudos, pues el calor

del clima sólo permite vestiduras ligeras, de brin. Los habitantes van vestidos de blanco y sobre el blanco resalta su tez morena.

Ahora penetramos en una más amplia avenida, en donde está situado el edificio de un instituto superior de educación, de estilo moderno, que resalta en medio de los caserones antiguos y vetustos, entre líneas de palmeras, como algo inesperado y nuevo.

Las callejas estrechas se retuercen como culebras. Algunos negrillos pasan cantando o jugando, con camisas deshechas, en la cabeza un jipijapa roto. El automóvil sale ya de la ciudad y penetra en la campiña, por caminos polvorientos, entre matorrales y árboles silvestres que ostentan la maravillosa flora del trópico, con ceibos de afiligranadas hojas y finos cocoteros, áloes y mirtos, bananeros, mangos y robles. Es como una mar de verdura que a uno y otro lado nos cerca; los árboles entrecruzan sus ramajes, formando bóvedas bajo las cuales se desliza rápido el vehículo. A trechos aparecen las cumbres albas de Sierra Nevada, desmayándose en el azul del cielo. Un enjambre de insectos susurra en el bosque, en medio de calor tórrido, mitigado por la rapidez del automóvil que nos permite respirar por momentos. Allá, en los matorrales, duermen las serpientes horriblemente venenosas de la zona tórrida, cobras, de cascabel, coral—pequeñitas y rojas, de picadura mortal,—boas enormes. Millares de mariposas de tonos maravillosos y pintadas alas, muy grandes algunas, pequeñas y extrañas otras, pero todas de colores vivísimos, cruzan de un lado a otro y desaparecen rápidas.

Hay inmenso hervor de vida en aquella selva inculta, de árboles graciosos y finos que se multiplican y se elevan y se retuercen formando arabescos naturales, multiplicando las gamas y tonalidades del verde, unas veces claro, otras obscuro, de infinitos matices que se combinan de manera sabia, como la sinfonía de una grande orquesta. Oyese, perdido en lo profundo del bosque, lejano rumor de agua que no se ve, y viene a mi recuerdo alguna distante impresión de mis mocedades en la Alhambra de Granada.

Por estos mismos caminos cruzaba—hará cosa de un siglo—el Libertador Simón Bolívar. Iba triste y cabizbajo, como Don Quijote vencido, hecha ya promesa de tornar a su aldea donde el ama, la sobrina y el bachiller Sansón Carrasco le esperaban.

Bolívar sentía en lo hondo la amargura del desengaño, tristezas que las ingraticudes ocasionan, soledad de su espíritu incomprendido, a la par que su físico, sometido por espacio de tantísimos años a la más ruda y severa prueba, iba desplomándose rápidamente, consumido por la tisis. Había llegado a Santa Marta el día 1.º de Diciembre de 1830, y ya el 6 comprendió la necesidad de otro clima. Su amigo, el marqués de Miers, español y realista por ende, le ofreció su quinta de San Pedro Alejandrino, de clima sano y a mayor altura que la del puerto, donde, al parecer, no podría vivir por más tiempo. Le asistía el médico francés, Dr. Próspero Reverand, que ha dejado la relación de los últimos instantes del grande hombre.

Bolívar, acompañado de Miers, de Ujueta, Carreño, Montilla, Silva y Recuero, se dirigió en berlina a la casa de campo situada no muy lejos de la población. Sin duda, recorrería el mismo camino que ahora cruza el automóvil. Pasó bajo el dosel de los mismos árboles seculares, vió las mismas pintadas mariposas que parecían decirle adiós, y advirtió en torno suyo que el sol comenzaba a obscurecerse a medida que se desplegaban sobre su cabeza las alas de la muerte. Pero Bolívar, como todos los físicos, creía vivir, vivir mucho más, y según me dijo uno de los acompañantes de nuestra excursión, leía con vivísimo interés las cartas que recibía de Barranquilla, del gobernador, grande amigo suyo, y estaba muy enterado de las alteraciones de la vida política de Bogotá, como si esperara el momento propicio para arrojar su espada de Breno en la balanza de las contiendas. Con todo, su estado era tan grave, que de pronto vino a encontrarse cara a cara con la muerte que acechaba en la sombra.

Nuestro automóvil cruza ya por un puente de hierro, semejante a los muchos que vemos en los ferrocarriles. Abajo pasa un río, no muy ancho, algo parecido a estero, haciendo resonar las piedras con las aguas de su corriente. En torno, vemos árboles enhiestos y matas de guádua—cañaverales gigantescos—. Algunas rocas blanquean, sobresaliendo entre la espuma. Diez minutos después tomábamos el camino que en breve debía ponernos en la estancia del Sr. Miers. De pronto, la carretera aparece más amplia, y en medio de los árboles, en un recodo, encontramos dilatada reja de hierro, al término de la cual se ofrece a nuestra vista la célebre quinta de San Pe-

dro Alejandrino. Vemos una vasta explanada, en cuya entrada hay un árbol hermosísimo y centenario, bajo el cual reposó Bolívar. Sus ramas retorcidas y enormes parecen como serpientes boas que amenazarán nuestras cabezas.

A la derecha, junto a una línea de árboles corpulentos, se alza la estatua del prócer. En el fondo de aquella especie de explanada, aparece la casa de San Pedro Alejandrino, enteramente distinta de las diversas construcciones que me haya sido dado ver en Colombia. El edificio nada tiene de colonial. Diríase más bien algo de estilo egipcio, que evoca la época de los faraones y de las Pirámides; es un caserón digno de figurar a las orillas del Nilo.

El calor es sofocante, ese terrible calor del trópico que doblega las naturalezas más fuertes y rudas. El cielo, de celeste pálido, brilla encendido en luz, las hojas de los árboles aparecen inmóviles y un vaho de fuego se eleva de la tierra junto con miríadas de insectos que zumban en monótona armonía, salmodiando sus cantos.

Un viejo soldado encargado de custodiar la casa de Bolívar, convertida ahora en reliquia, se encamina a nosotros y nos acompaña luego a visitar la última mansión del héroe, en donde pasó sus postreros instantes, acaso en día de sol tan hermoso como éste.

A la entrada de la Casa de San Pedro Alejandrino hay un vestíbulo estrecho, pavimentado con rojo ladrillo que se conserva bastante bien. Allí, sin duda, al atardecer, el Libertador conversó con sus amigos, contemplando el hermoso paisaje, un paisaje que inspira sentimientos sedantes de calma y de paz. Algún cocotero se balanceaba a lo lejos; quizá cruzó por el cielo alguna garza de largas y finas patas; se oyó el galope de algún caballo por los caminos y Bolívar recordó las pesadas y difíciles caminatas de sus campañas preñadas de peligros y de muerte, cuando pasara tantas veces, en condiciones que maravillan y sorprenden a un tiempo, recorriendo millares de leguas para arriesgar batallas en que se jugaba la suerte de nuestro continente. Bolívar amaba sus caballos, como los amara Boves, el terrible caudillo español de la guerra a muerte, a quien sólo una vez se había visto derramar lágrimas y fué cuando le mataron el suyo. Boves le abrazó sollozando y luego, volviéndose a sus llaneros, empuñó la

lanza y les hizo jurar que vengarían al animal querido derramando torrentes de sangre americana.

Penetré en la quinta en compañía de Salas, el venezolano, y de Uribe Cualla, mi amigo, el de Colombia. Eramos los hermanos de tres pueblos vinculados por el alma y la sangre americana. La primera pieza era espaciosa y sus muros estaban tapizados de banderas de diversas naciones. Los muebles escasos, apenas alguna silla de las llamadas de vacueta, del siglo XVIII. Veo colgado un cuadro y me acerco: es el último recuerdo. Encierra el retrato del Libertador y un cadejo de cabellos suyos, puesto allí por el cónsul de los Estados Unidos en la noche de su muerte y cortados por su propia mano de la cabeza del héroe, según lo testifica la declaración inserta al pie. Son cabellos castaños que acaso una vez fueron negros y que el tiempo y la luz vivísima han descolorido. Diríase que la sombra inmensa de Bolívar vaga por aquellas estancias, vacías y desamuebladas, llenándolo todo con su recuerdo y con su idea. Ya no anda su cuerpo metido en los hervores y bullicios de la vida; se alejó del turbulento estrépito del comenzar del siglo y a pesar de los años transcurridos de entonces acá, nuestra imaginación está presa en su poder y sentimos aún palpitante y viva la fuerza avasalladora de aquella figura que un tiempo aparecía cernida sobre cinco repúblicas de América.

La amplia sala está profusamente iluminada por luz de sol del trópico, vibrante y cálida, y experimentamos la extrañeza de tanta alegría en el paraje donde el Libertador pasara tan intensas y amargas horas de tristeza. Por la puerta del frente vemos el jardín y penetramos en él. Una vieja y enorme vasija de tiempos coloniales, apoyada en un muro, nos dice de cosas idas. Acaso contuvo en su seno el agua cristalina y limpia que habría de beber el prócer y mitigó su sed en la hora amarga en que todos los seres repiten la voz inolvidable del Calvario: «¡Tengo sed!». No solamente sed material, sino además sed moral de verdad y de justicia, de amor, de gratitud; sed de confundirse en otras almas en ondas de ternura y de afecto; sed de sentirse comprendido en las debilidades y flaquezas propias de lo humano; sed de aliento y de apoyo moral, cuando todo se desploma y confunde en torno nuestro y vemos quebrantados y rotos los moldes de nuestros ideales y

sentimos que nuestros ensueños se esfuman y se pierden, confundidos en lo azul de un cielo que es mentira.

A uno y otro lado del extenso huerto que a nuestras miradas se muestra, vemos hileras de naranjos de verde rámaje, que florecen ofreciéndonos la blancura de sus azahares, cuyo aroma perfuma aquella tarde luminosa y se esparce por el ambiente con el recuerdo de aquella grande alma desaparecida.

El soldado o guarda que me acompaña me muestra un naranjo, colocado entre arriates de flores, junto al cual veo una silla vacía. «Allí, sobre una silla como ésa, me dice, solía sentarse el Libertador en sus últimos días y pasaba la tarde meditando, sin que nadie fuera osado a turbar aquéllos sus últimos instantes de dolor agudo... en las cercanías de la muerte y en las plenitudes del desengaño».

Y de pronto nos parece que en tales horas debió recordar su vida entera como dicen que la suelen ver los ahogados, en un momento fugitivo y rápido, en el cual, sin embargo, lo advierten todo, como si realmente pasara a sus ojos de nuevo. Debió ver quince años de incesantes batallas, de duras derrotas, tras de las cuales se levantaba cada vez más grande y más resuelto, como Guillermo de Orange, para luchar y alcanzar los triunfos definitivos y aplastadores de la guerra de la Independencia. Debió recordar las horas de triunfo y de amor, de gloria tan grande que tocaba los dinteles de la locura y sobrepasaba cuanto pudiera imaginar la fantasía. Habíanse realizado las grandes aspiraciones de su alma de poeta: el amor... la gloria... la libertad de su patria... Y de pronto, en la noche medrosa y sombría apareció como inseparable compañero el desencanto.

Acaso, también, a la sombra de aquel naranjo centenario, recordó la entrevista de Guayaquil, con San Martín. Eran dos hombres que encarnaban dos razas y conformaciones espirituales y físicas totalmente distintas. Bolívar, pequeño y débil, en tanto que San Martín aparece alto y fuerte; el primero dotado de grande imaginación tropical, de concepciones inmensas y de sueños ilimitados; el otro, hijo de la realidad, que vive para la realidad, frío y sereno cuanto el otro arrebatado y vivo. Bolívar, personalísimo en su acción, eterna e insaciablemente ambicioso, con espíritu anheloso de mando, sin admitir frenos de ninguna especie, ni aceptar la tutela de congresos ni la sujeción a pueblos. San

Martín es el hombre del deber frío, del deber inexorable, a lo puritano, como Washington, encendido en severo amor a la patria, que también ama Bolívar, pero de distinto modo, pues nunca dos amores fueron iguales en el mundo. El hombre del Sur quiere la libertad de su tierra y siente, además, que debe asegurarla por el complemento de la autonomía de Chile y Perú; para eso se hace a la vela a la cabeza del ejército chileno-argentino que debía procurar la libertad peruana y sin cuya acción hubiera sido imposible la batalla de Ayacucho, así como no habría sido dable empeñar ninguna acción decisiva si antes la escuadra española no hubiera sido destruída por la chilena en El Callao. En la cadena de nombres y de ideas que constituyó la independencia americana, entre Bolívar y San Martín, Sucre y O'Higgins, mientras en Bolívar domina el valor imaginativo, en O'Higgins y San Martín hay mayor concepto de realidad política, de realidad desinteresada, de abnegación personal, una más honda inteligencia del deber y del sacrificio.

En la entrevista de Guayaquil, San Martín, comprendiendo que no era posible pensar siquiera en la lucha con España con el mando dividido, y buscando lo que se llamó posteriormente el «comando único», sin el cual no cabía en verdad la victoria de los aliados, habló francamente con Bolívar, le ofreció el mando y aun pidió servir bajo sus órdenes en las últimas batallas de la independencia de América. Sentía el recelo que los peruanos abrigaran contra él y quiso concluir su obra, manteniendo su acción y borrándose, eclipsándose, así como se habían diseminado los cuatro mil soldados chilenos refundidos en el ejército que combatió en el Perú y triunfó en Ayacucho, bajo ajenas banderas, después de haber llevado la suya al tope en la Escuadra Libertadora.

San Martín, con el sentimiento absoluto de la abnegación y del deber, ofrecía sacrificar su persona, su nombre, su prestigio personal a trueque de asegurar la Independencia. Tuvo, como O'Higgins, su compañero y hermano, un supremo desinterés.

San Martín, de origen modesto, quería la monarquía, de la cual sería jefe un príncipe de sangre real y de familia reinante; nada pedía para sí. Bolívar sólo admitía la república, con superior concepto democrático, a pesar de ser nieto de

marqués; pero la deseaba para ser su amo, con la dictadura, que consideraba indispensable.

Después de conocerse y tratarse por espacio de breves instantes, comprendieron que ambos eran incompatibles y se separaron noblemente. San Martín era más grande en aquel momento, porque se sacrificaba, se borraba ante su rival y las almas hay que medirlas por su capacidad de sacrificio ante las grandes ideas.

Ahora estamos en 1830, debió pensar Bolívar; voy a morir, en destierro, en pobreza, abandonado de todos, odiado de los pueblos a cuya libertad he contribuído en forma decisiva. «Aré sobre el mar... edificué sobre arena...» A diversas distancias, en diversas latitudes, otro tanto murmuraron acaso los demás héroes de la Independencia. O'Higgins moría desterrado en el Perú pocos años más tarde; San Martín vegetaba igualmente en el ostracismo, con la modesta pensión que el gobierno de Chile le otorgara; Sucre caía asesinado; Monteagudo también. Casi todos los héroes padecían una misma suerte, como si se hubieran cubierto con la devoradora túnica de Neso.

En los últimos días de Diciembre de 1830, sintióse Bolívar a punto de muerte; al instante acudieron sus amigos íntimos, los generales Mantilla, Silva, Carreño y los señores don Joaquín de Miers, Urjueta y otros de Santa Marta. Con ellos iba el notario del pueblo como en el caso del ingenioso hidalgo de la Mancha.

Acaso su recuerdo vino a la mente del Libertador, haciéndole murmurar, entre dientes, la célebre frase que fué una de las postreras de su vida: «Los tres mayores majaderos de este mundo hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo...». Tan amargo sarcasmo, junto con ser propio de su temperamento y su carácter agriado y adolorido por los acontecimientos últimos, le hacía sentirse como infamado y maldito de todos, después de haber libertado a cinco repúblicas de América.

Reunidos aquellos amigos íntimos en torno de su lecho, junto con algunas de las personalidades más importantes de la ciudad de Santa Marta, el Libertador comenzó a leerles su última proclama dirigida al pueblo de Colombia. Leía difícilmente y con voz casi apagada, no pudiendo llegar al término de ella; la emoción y el cansancio le embargaban.

«Apenas pudo llegar a la mitad, dice en sus Memorias

Mr. Reverand; su emoción no le permitió continuar y le fué preciso ceder el puesto al doctor Recuero, auditor de Guerra, quien concluyó la lectura, pero al acabar de pronunciar las últimas palabras: «Yo bajaré al sepulcro», Bolívar, desde la butaca en que estaba sentado, dijo con voz ronca: «Sí, al sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... pero los perdono... ¡Ojalá que yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanecieran unidos!».

«Al oír estas palabras, que parecían salir de la tumba, se me oprimió el corazón y al ver la consternación pintada en el semblante de los presentes tuve que apartarme de ellos para ocultar las mías, esas lágrimas que ya no podía contener».

El día 17 de Diciembre, Mr. Próspero Reverand, médico de cabecera, cree llegada la hora del desenlace y avisa a los íntimos. Acude primero el general Mantilla y recibe el anuncio de que el héroe no pasará la noche.

«Cuando conocí que se iba aproximando la hora fatal, dice Reverand, me senté a la cabecera, tomando entre mis manos la del Libertador, que ya no hablaba sino de modo confuso. Sus facciones expresaban completa serenidad; ningún dolor o señal de padecimiento se reflejaba sobre su noble rostro. Ese perfil griego por el corte, la pequeñez de la boca de labios finos, la amplitud de la frente, que abarcaba más de un tercio de la fisonomía y la rectitud de la nariz apolínea y finamente delineada, los ojos negros, grandes y vivos, siempre hondamente hundidos en las cuencas, parecían ahora lejanos como el fulgor de un astro que se apaga».

El doctor Reverand indica a sus amigos en silencio, con gestos, la proximidad del desenlace. Acércanse todos, y rodean el lecho, pintada la consternación en sus rostros. Las cabezas se inclinan, algunos lloran.

Hemos llegado, en compañía del viejo soldado a la habitación en que murió el héroe. «Allí estaba su lecho de muerte —nos dice señalando un rincón...—. Y por aquella puerta sacaron el cuerpo al día siguiente», añade, señalando la pieza contigua, que comunica con el patio de los naranjos. «Este catre fué el suyo...».

Bolívar era tan desinteresado y tan pobre que, llegado el momento de amortajarle, sus amigos encontraron que no tenía más camisa que la puesta. Buscaron por los cajones

del mueblaje alguna que ponerle, y, por fin, encontraron una llena de bordados. Era la camisa que el gobierno español había regalado a un indio fiel a las armas de España y que se encontraba allí olvidada. La vida tiene tan extrañas y al parecer inconcebibles ironías. Con ella fué sepultado. Así murió el hijo del señor don Juan Vicente Bolívar, marqués de Araguay, caballero cruzado del hábito de Santiago. Así murió el hombre que había llegado a la vida inmensamente rico, gastando su fortuna entera en la epopeya de la Independencia. Así, en tal miseria, murió el héroe que había luchado la vida entera, cruzando todas las zonas y todos los climas, desde el calor del trópico hasta el hielo de las cordilleras y del páramo, combatiendo siempre, hasta esa hora que era la primera de su reposo.

—«En ese catre murió Bolívar...» exclama el guarda, señalando la pobre cama de madera.

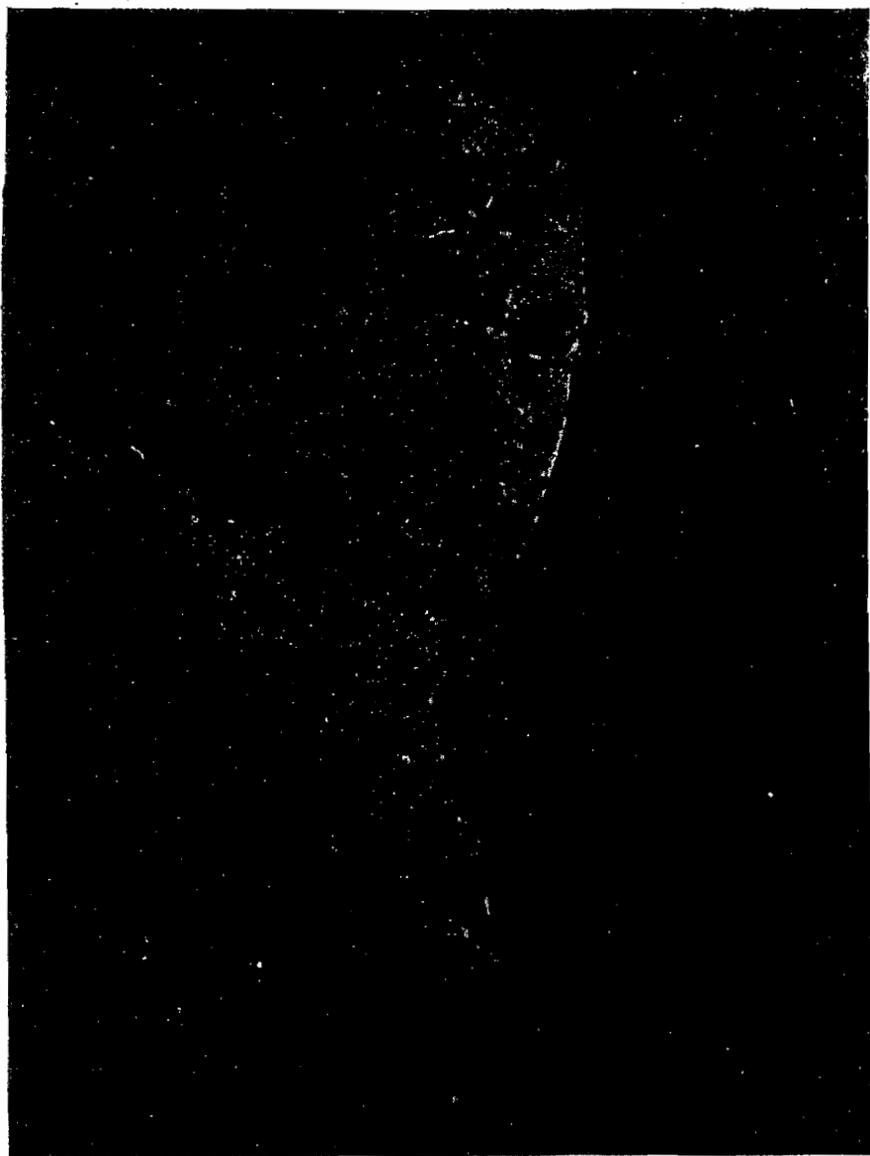
Salgo en silencio, cojo en el jardín las flores que encuentro y las dejo caer emocionado.

Pasamos a la sala contigua. El viejo señala otro rincón desnudo.

—«Allí duermo yo todas las noches... y uso de cobija la bandera de Colombia», agrega.

La sombra del Libertador conserva en San Pedro Alejandrino su último y humilde centinela.

. En tierras de Colombia, año de 1924.



DON LUIS ORREGO LUCO
EN LA EPOCA DE "CASA GRANDE"

ITINERARIO DE DON LUIS ORREGO LUCO

Nació en Santiago, en el seno de una de las más ilustres familias de Chile, el 18 de Mayo de 1866. Hijo de don Antonio Orrego y Garmendia y de doña Rosalía Luco y de la Barra, por cuya sangre le venía poderosa herencia intelectual. Su abuelo paterno, don Francisco Orrego y Hurtado de Osuna, había tenido, siendo adolescente, la suerte de determinar la victoria de las armas patriotas en el levantamiento contra revolucionario del coronel español Figueroa, por un golpe de audaz arrojo (Abril 1.º de 1811).

Siendo niño, su familia viajó a Europa, donde estudió dos años en uno de los mejores colegios de Suiza. Posteriormente, estuvo en un colegio británico de Santiago y en el Instituto Nacional. En la Universidad de Chile siguió los cursos de Leyes, recibiendo con distinción su título de abogado, profesión que sólo ejercería esporádicamente.

Muy joven, se reveló en él una excepcional vocación literaria. Escribió cuentos, fantasías y crónicas, algunas de las cuales aparecieron en «La Epoca». Desempeñó durante un tiempo el cargo de Archivero del Ministerio de Interior y trabó amistad estrecha con Rubén Darío, que por aquellos años iniciaba en Chile el vuelo de su genio poético. Junto con Darío, Pedro Balmaceda Toro y otros mozos ricos en talento y esperanza, formó una tertulia literaria, trascendente por la importancia que alcanzarían sus miembros en las letras americanas, tertulia que el joven Balmaceda presidía en el palacio de la Moneda, siendo su padre jefe del Estado.

Cuando estalló la revolución de 1891, solicitado por fervorosas aspiraciones de libertad electoral, ingresó a las filas del movimiento congresista, en cuyo ejército alcanzó en pocas semanas el grado de Mayor. En la batalla decisiva de Concón (21 de Agosto), combatió heroicamente a la cabeza de una sección de su regimiento—Chañaral 5.º de línea—, recibiendo tres heridas, una de las cuales le dejó estropeada la mano derecha, como en la izquierda le ocurriera a Cervantes.

Repuesto de sus heridas, fué nombrado Secretario de la Legación de Chile en Madrid, siendo posteriormente Encargado de Negocios en la villa y corte. En España contrajo relaciones con Menéndez y Pelayo, Campoamor, Valera, la Pardo Bazán, Núñez de Arce y otras figuras eminentes de la época, reanudando al mismo tiempo su vieja amistad con Darío.

Su primer libro—PANDERETA—, recopilación de novelas cortas, escritas en Santiago y en Madrid, fué editado por Fernando Fe en volumen similar a los de Clásicos Castellanos de aquel famoso impresor. Aquella obra, que contenía en germen las mejores cualidades que campearían más tarde en su novelística, tuvo éxito halagador.

Designado en 1893 Secretario de la Legación en Brasil, viajó a Río de Janeiro, donde residió algunos meses. Ahí le sorprendió la revolución de Peixoto, en cuyo decurso tuvo oportunidad de salvar la vida de Rui Barbosa, notable orador y hombre público.

El Presidente Jorge Montt, su antiguo jefe en el Gobierno de Iquique, le nombró, de regreso en Chile, Intendente de la provincia de Colchagua, cargo que sirvió sin abandonar sus tareas de escritor. Por esa época dió a la estampa UN MUNDO MUERTO, impresiones de Roma, y PANDERETA, obra notable, en cuyas páginas se contienen estampas coloreadas y brillantes de la España finisecular.

En Junio de 1896 contrajo matrimonio con doña María Vicuña Subercaseaux, hija segunda de Vicuña Mackenna, de cuyo enlace, el primogénito, Benjamín, fallecido cuando recién pasaba la línea de los veinte años, mostró excepcionales condiciones de artista.

En 1900 apareció UN IDILIO NUEVO, su primera gran novela, que primeramente publicara la «Revista de Chile». El éxito fué extraordinario, colocándolo de golpe a la cabeza de los novelistas jóvenes de Chile. Primaban en los capítulos de IDILIO

NUEVO, en cuyo protagonista—Antonio Fernández—había algunos rasgos del autor, color y gracia juveniles que le dan un encanto singular.

Más tarde publicó 1810, MEMORIAS DE UN VOLUNTARIO DE LA PATRIA VIEJA, novela evocadora que debía ser la primera de una serie de Episodios Nacionales al modo de Galdós. Desgraciadamente, otras preocupaciones le apartaron de ese camino, quedando interrumpida la tarea.

En 1909—fecha notable en la historia literaria de Chile—alcanzó la cumbre de su carrera de escritor con la aparición de CASA GRANDE, su obra maestra, en la cual, con honda sinceridad y estilete profundo, trazó el proceso psicológico de la sociedad de su tiempo. CASA GRANDE conmovió hasta en sus raíces al mundo chileno, provocando apasionadas controversias y despertando un interés no superado hasta hoy por ninguna obra nacional. Algunos de los personajes—que el público se empecinaba en señalar con nombres conocidos—han constituido tipos inolvidables por su realismo y por la fuerza de creación literaria que expandían. Omer Emeth, crítico ilustre, lo comparó con Maupassant y a la postre de detenidos estudios, concluía afirmando que después de algunos años «se verá cuán importante es CASA GRANDE». Los intelectuales de prestigio más alto lo saludaron con aplauso fervoroso. Don Rafael Luis Gumucio, señalándola como la «más hermosa novela chilena» leída por él, le reconocía, entre otras virtudes, «un interés que apasiona, que cautiva la atención, que arrastra la voluntad y que no permite abandonar el libro». Don Manuel Rodríguez Mendoza, le decía en carta difundida: «Usted ha subido, con su último luminoso empuje de escritor, a la más alta cumbre entre los hombres de letras en Chile».

Algunos personajes de la novela—el «Senador» Peñalver, Vanard, hombre de negocios, y los protagonistas Angel Heredia y Gabriela Sandoval—constituyen tipos vigorosamente destacados que permanecerán, no sólo por su verismo documental, como miembros de una sociedad ya extinguida, sino por su color y calor humanos.

Cabe citar, entre los críticos que mejor han analizado CASA GRANDE, aun cuando ha distado de agotar su exégesis, a Domingo Melfi.

Más tarde dió a la estampa varias novelas que forman, en su conjunto, un ciclo novelístico capital en la literatura chilena: EN FAMILIA (1912), AL TRAVÉS DE LA TEMPESTAD, obra extensa

en que recuerda la revolución de 1891, vivida por él (1914), EL TRONCO HERIDO (1930) y PLAYA NEGRA, obra escrita en sus años postreros con espíritu rico en vigor juvenil (1948).

PLAYA NEGRA, a poca distancia de CASA GRANDE, es no sólo una de sus mejores novelas, sino la más acabada en cuanto a pintura regional y evocación de época, porque Orrego Luco posee extraordinarias dotes pictóricas y un poderoso sentido descriptivo. Su argumento—evocación de los años de niñez—rueda en el marco bellissimo de Bilbao la Nueva (Constitución) en los tiempos de prosperidad de aquel puerto, y en la trama se reúnen episodios diversos que, junto al nudo central, muestran tipos aristocráticos y populares. Su Chuma, espécimen de lo que eran los antiguos HUANAYES que recorrían el río Maule en barcazas movidas con grandes remos, es acertadísimo y doña Catita, una de sus mayores creaciones literarias, tiene calidad insuperable; diríase que se arranca de la novela en carne viva.

PLAYA NEGRA, muestra, también, otro de sus aspectos característicos, acusado en delicioso sentido de humorismo, muy personal, muy matizado, con toques magistrales en ciertos personajes, sin lindar jamás en caricatura. El acento humano que respira esta obra, doloroso y aun amargo en veces, va a diluirse en el paisaje, sereno y apacible, en contraste con lo trágico del desenlace, dejando en el ánimo sensación de plena armonía artística. Pero aun hay en ella otro valor, que sólo se iguala en CASA GRANDE: la presentación de tipos y elementos múltiples, con perfecto sentido de proporción y de medida, como se observa en casi todas las grandes novelas europeas.

Sin embargo, para juzgar estas dos obras, como para apreciar la producción total de don Luis Orrego Luco, falta aun la necesaria perspectiva.

El ciclo novelístico de Orrego Luco, que lleva el subtítulo común de ESCENAS DE LA VIDA EN CHILE, RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO y abarca un lapso de más de medio siglo (1877-1930), puede disponerse en este orden, sin tomar en cuenta las fechas en que apareció cada una de las novelas que lo integran:

- I PLAYA NEGRA (años de 1877 a 80).
- II EN FAMILIA (1886 a 88).
- III AL TRAVÉS DE LA TEMPESTAD (1890-91).
- IV UN IDILIO NUEVO (1897-1900).
- V CASA GRANDE (1905-8).
- VI EL TRONCO HERIDO (1925-30).

En el terreno del cuento y de la novela breve, en que se iniciara de adolescente y dentro del cual obtuvo con PÁGINAS AMERICANAS su primer éxito, siguió espigando. Tenía para el cuento condiciones brillantísimas, según implícitamente lo reconociera Omer Emeth al compararlo a Maupassant: ingenio agudo, don de ironía, ojo penetrante, sentido arquitectónico, vale decir de la medida, piedad humana y mucho HUMOUR, que es poco frecuente en los escritores chilenos; de todo lo cual dió madura prueba en LA VIDA QUE PASA, deliciosa colección aparecida en 1918. SANTO QUE NO ESTABA EN EL CALENDARIO es muestra de la última calidad; HORA TRÁGICA, intenso relato dramático, LA JAPONESA, obra juvenil y UN POBRE DIABLO indican valiosos filones. Entre la producción dispersa en periódicos y revistas pudiera reunirse otro volumen.

Fué, también, periodista. Escribió correspondencias para «La Nación» de Buenos Aires bajo el seudónimo de Spectator, que se hizo vastamente conocido en Argentina. Colaboró en «El Ferrocarril» y «El Mercurio» de Santiago y fundó, en compañía de Ramón Rivas Ramírez, «La Mañana», diario moderno que dirigió un tiempo y donde realizó muchas campañas de interés público. Pero su mayor obra en este campo fué SELECTA, mensual de arte no igualado en Hispano América, al decir del español Antonio Romera. SELECTA se publicó durante cinco años, en entregas que contenían reproducciones pictóricas, páginas en color, artículos y crónicas de escritores notables y comentarios personales bajo el título de HECHOS Y NOTAS.

De orden artístico fué su actuación como Director de la Escuela de Bellas Artes, cargo para el cual le recomendó el ilustre pintor español don Fernando Alvarez de Sotomayor, a cuyo juicio era quien más entendía en la materia en Chile. Su administración (1912-15) fué laboriosa y difícil, pues emprendió la ardua tarea de rehacer su estructura, a la europea, siguiendo los valiosos consejos del maestro español que le anteciedera.

Otros aspectos importantes de la personalidad de don Luis Orrego Luco deben ser destacados: el tratadista internacional y el sociólogo.

Muy joven aún compuso EL GOBIERNO LOCAL, alabado en el foro, y más tarde dió a luz un estudio social, histórico y político sobre CHILE, que constituye una contribución notable para el conocimiento de su país.

La serie conocida con el nombre de LOS PROBLEMAS IN-

TERNACIONALES DE CHILE, publicada por el Estado, sirvió de base a la defensa de los derechos nacionales en diversos conflictos externos, con lo cual debe reconocérsele título de gran patriota y de servidor público eminente. Comprende: LA CUESTIÓN PERUANA, LA CUESTIÓN BOLIVIANA y LA CUESTIÓN ARGENTINA. Hay que mencionar, además, su magnífico estudio sobre EL ARBITRAJE OBLIGATORIO. Fué Profesor Extraordinario de Derecho Internacional en la Universidad de Chile, cátedra que ejerció por espacio de varios años.

Desde joven se interesó por los asuntos políticos, pues tenía verdaderos dotes de hombre de Estado, con visión clara y la necesaria imaginación de que carecen casi siempre los gobernantes sudamericanos. En 1918 fué elegido Diputado al Congreso Nacional por el Departamento de Osorno, revelándose orador avezado y parlamentario con profundos conocimientos de la realidad americana. Fué Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores y en esta calidad representó a la Cámara en las ceremonias de la inauguración de la estatua del Libertador O'Higgins en Buenos Aires (1918).

En el curso de este último año y cuando su hogar se veía sacudido por la prematura desaparición de su hijo Benjamín, el Presidente Sanfuentes lo llamó al Gobierno en el carácter de Ministro de Justicia e Instrucción Pública del Gabinete Quezada-Orrego Luco. Durante su ministerio realizó importantes trabajos, favoreció la construcción de escuelas y se preocupó afanosamente de la ley de Instrucción Primaria Obligatoria, de que fué principal sostenedor.

En 1921, el Presidente Alessandri le ofreció la Legación en Colombia, que desempeñó con mucho brillo hasta 1924. Posteriormente fué Ministro en Uruguay por espacio de más de seis años y en Paraguay. En varias oportunidades presidió misiones especiales con el carácter de Embajador Extraordinario ante los gobiernos de Bogotá, Montevideo y Asunción. Este aspecto de su vida pública reviste importancia, pues tuvo oportunidad de prestar a Chile, como diplomático, servicios de considerable valía.

Retirado de la vida activa en 1931, se consagró, en la paz de su hogar, a redactar sus MEMORIAS, en las que se aúnan las condiciones literarias e imaginativas, la visión política, la riqueza de observación y el cáustico ingenio a las dotes de una retentiva privilegiada, con todo lo cual pudo hacer una obra, iné-

dita todavía, cuya importancia sólo podrá ser apreciada en el correr del tiempo.

Escribió, también, PLAYA NEGRA, su última novela.

Y para cerrar el capítulo de su obra intelectual, aun pudieran mencionarse tres o cuatro poemas en verso, que no tuvieron publicidad. Dan ellos nueva prueba del grande artista que había en él.

La Real Academia Española le designó miembro correspondiente y la de Chile académico de número, constituyendo su discurso de incorporación una notable pieza literaria; en él elogió la obra de don Juan Agustín BARRIGA, su eminente antecesor.

Retirado del Ejército en la juventud, recibió posteriormente el grado de Coronel (1937) y el de General de la República (1947), en reconocimiento de los servicios prestados durante la guerra civil de 1891.

En la tarde apacible el reconocimiento nacional llegaba hasta su retiro de la calle Villavicencio. Joaquín Edwards Bello le proclamaba primer novelista chileno, su nombre ocupaba sitio de honor en antologías y diccionarios, la sociedad le tributaba homenajes.

Viudo ya, pues su admirable compañera, doña María Vicuña Subercaseaux, había fallecido el 2 de Noviembre de 1942, grave dolencia al corazón se hizo presente, a consecuencia de la cual sus ojos se cerraron serenamente en la mañana del 3 de Diciembre de 1948.

Junto a su féretro, el Presidente del Senado, don Arturo Alessandri Palma, pronunció palabras de justicia. «Su obra es inmensa, dijo, porque es la de un artista profundamente chileno, que analizó nuestra vida nacional en sus principales aspectos y supo retratar en forma acabada no sólo al mundo aristocrático en que había nacido y cuyos errores condenó con valentía, sino también al roto sufrido y trabajador, por el que tuvo siempre una simpatía noble, comprensiva y generosa». «Escribió novelas admirables, novelas que siempre figurarán con honor en nuestra historia literaria, y debo afirmar, con profunda sinceridad, que Luis Orrego es, a mi juicio, nuestro primer novelista, el más ilustre de todos; mayor que Blest Gana».

Añadió Alessandri en su hermosa oración fúnebre: «Y no sólo fué un gran escritor, sino también un gran ciudadano, un ciudadano ejemplar, que dedicó a su patria todas sus energías...» (*).

(*) Véase el estudio de Eugenio Orrego Vicuña: *Don Luis Orrego Luco. Apuntaciones biográficas*, en el segundo tomo de ENSAYOS (Edición de la Universidad de Chile).



DON LUIS ORREGO LUCO
(URUGUAY)